

De Isidoro Laverde Amaya

OJEADA HISTORICO-CRITICA DE LA LITERATURA COLOMBIANA

— XXVI —

El siguiente es el programa que en el mes de octubre de 1848 hizo circular Villalba en la capital, anunciando su función de beneficio:

“Teatro

“Gran función, para el domingo 19 del presente, a beneficio del que suscribe, Director de la Compañía Lírica: dedicada a los jóvenes antioqueños y bogotanos progresistas.

“Respetable público:

“En fuerza de los grandes deseos que se han manifestado por ver otra vez la nunca bien ponderada de *El Barbero*, y anhelando corresponder, en cuanto esté a mis alcances, al distinguido aprecio que se me ha dispensado por los granadinos ilustres, en distintas épocas, no he perdonado medio para ponerla en escena con una grande orquesta y lucidos coros: procurando con esto dar una leve prueba de mi profunda gratitud por la generosa adhesión que se me muestra.

“La función tendrá lugar en el orden siguiente:

“*Grande obertura*, anexa a la pieza.

“*Opera bufa* en tres actos:

“El Barbero de Sevilla

“Superfluo sería hablar del mérito de esta famosa obra, más sí anunciaré, por saber que causará general agrado, que la orquesta será la que dirige el señor Guarín, aumentada con varios aficionados; por lo cual se puede pronosticar su lucimiento, asegurando que nunca se habrá oído igual en este teatro. Es de advertirse, que tanto los profesores como los aficionados y coristas, trabajarán en esta función sin exigir al beneficiado ninguna remuneración, y sí sólo por un obsequio de afectuosa amistad.

“Si quedo airoso en mi elección y en el desempeño de lo que ofrezco, daré por bien empleados mis afanes y esfuerzos.

“Francisco Villalba

"Personajes:

Conde de Alma-Viva.....	Señor F. Hernández.
D. Bartolo	Señor F. Villalba
Rosita su pupila.....	Señora J. L. de Díaz
Fígaro	Señor Eduardo Torres
D. Basilio	Señor A. Chirinos
Fiorelo	Señor Abdalá
Estudiantes	Cronistas
Ronda de policía y patrulla".	

Coincidiendo con el entusiasmo que al fin logró despertar por el teatro el simpático y popular actor cómico Villalba, quien, a semejanza del mimado actor Honorato Barriga, cambiaba o adulteraba en la escena los versos de la obra por otros de su peculio, vinieron a tener eco casi inusitado e increíble los que en favor de la música y de su divulgación y perfeccionamiento hicieron entre nosotros el entendido compositor venezolano D. Nicolás Quevedo Rachadel y D. Enrique Price, un *amateur enrengeé*, como hoy se dice en la terminología revistera de los salones. El último aún se dio trazas de levantar en la Plaza de San Victorino los cimientos de un vasto y adecuado edificio que las gentes de hace cuarenta años designaron con el nombre de *La Filarmónica*. Por desgracia, aquella obra se anticipaba en todo sentido a las necesidades y refinamientos de tan difícil arte en Bogotá, y esos cimientos hubieron de quedar inconclusos, y se destinaron, al correr del tiempo, para levantar sobre ellos casas cómodas a la moderna, que hoy adornan esa plaza.

La *Sociedad Filarmónica*, que organizaron Quevedo y Mr. Price, tuvo gran cosecha de éxitos; ejecutó, durante los años de 1849 y 1859, una larga serie de conciertos que se veían concurridísimos.

En el mes de noviembre de 1850, la Sociedad llevaba dados, durante el año, 36 conciertos, de las piezas, oberturas y trozos más en boga y de más difícil interpretación. Los compositores predilectos eran, necesariamente, los clásicos: Rossini, Verdi, Carafa, Hunfen, Bendl, Bellini, Mozart, N. Louis, Weber, Litz, Newland, Lanner, Fesca, Bossisio, etc.

Los conciertos se verificaban en el Salón de Grados, frente al Palacio del Presidente.

Ocurre aquí como cosa natural agregar que la raza indígena posee un sentimiento musical instintivo de una ejecución y belleza perfecta, sentimiento inspirado en su profunda melancolía, cónsona con los monótonos e inalterables paisajes de las tierras altas. A quién no han sorprendido en el campo durante la callada noche, los acordes purísimos, llenos de ignota tristeza, que arranca al tiple la mano desdeñosa del mísero labriego de nuestros campos?

— XXVII —

Caicedo Rojas y Cordóvez Moure, éste en su obra titulada *Reminiscencias* y aquél en sus *Recuerdos y Apuntamientos*, que antes hemos citado, nos hacen saber que se representaron dos piezas llamadas *Los*

Proscritos Conjurados y Emilio, debidas al ingenio del literato bogotano Rafael Alvarez Lozano, el que desde 1846 figuraba ya en el reducido grupo de autores dramáticos nacionales.

Por lo demás, debe saberse que Alvarez Lozano, contemporáneo del célebre y recordado D. Juan de Dios Aranzazu, era poeta galano, culto, discreto, y no exento de corrección. Sus poesías lucen por cierta naturalidad de buen gusto, nada común en aquellos tiempos, y revelan una alma sencilla y creyente. En folleto no hay reunidas sino unas pocas que aparecieron en 1841, en un librito de formato tan pequeño, que cualquiera al verlo se imaginaba que es una novena. Iba adornado con viñetas, que entonces era el colmo de la elegancia en trabajos de imprenta. Sabemos también que aquel ameno cultivador de las letras era muy dado a la lectura; que estaba dotado de talento fácil y comprensivo y de una viva imaginación. Murió en Bogotá en el mes de abril de 1845, y había nacido en la misma ciudad el 19 de junio de 1805. Fue hijo del señor Manuel de Bernardo Alvarez y de la señora Josefa Lozano. Estudió en el Colegio del Rosario, en donde obtuvo los grados de Licenciado y doctor en Jurisprudencia. En el mismo Colegio fue profesor, por tres años consecutivos, de la clase de latín.

Parece como natural dar una muestra, por corta que sea, de la forma poética de Lozano, a riesgo de que los lectores, inclinándose a la comparación con otras modernas, la encuentren incolora:

AL TABACO

*Por solitario sendero,
Cabalgando en un mal jaco,
Caminaba un pasajero,
Y el viaje hacía llevadero
Celebrando su tabaco.*

*Canten los adoradores
De Marte, Venus y Baco,
Las gracias y los amores
Las guerras y los licores,
Yo solo canto al tabaco...*

*Cuando en el prado mullido,
Debajo de árbol frondoso,
Tranquilamente reposo
Con un tabaco encendido,
¡No envidio al más poderoso!*

— XXVIII —

En la historia del teatro colombiano ocupa lugar señaladísimo como Director de escena y estimulador de las aficiones de la juventud, Lorenzo María Lleras, célebre institutor, que regentó el Colegio del Rosario durante cuatro años, y después fundó el Colegio del Espíritu Santo, en donde por siete años consecutivos prestó incalculables servicios a la juventud de su patria.

Estudió con provecho el doctor Lleras en los Estados Unidos, en donde adquirió, aún en temprana edad, muy exacto conocimiento de los idiomas francés e inglés, y dominó otras esferas del campo literario, llegando a ser por esto uno de los que poseyeran, en aquella época en que la instrucción estaba en mantillas, mayor suma de caudal intelectual. A favor de su ilustración fue, pues, como le tocó figurar de modo principal en la vida pública y en la carrera de periodista, haciéndose notar desde luego como divulgador de las más avanzadas teorías y ardoroso amigo de la libertad. Como literato aguijábale la irresistible tentación de escribir en verso, afición que hemos de suponer se despertó en él desde que era estudiante, y sus maestros le obligaban a ocuparse en la versión al castellano de cantos en la lengua de Racine.

De su iniciativa como tribuno vehemente en luchas políticas se conserva la memoria de un hecho que prueba la decisión con que acometían la defensa de sus principios. Después de haber dirigido en esta ciudad *La Bandera Nacional*, hizo un viaje, que suponemos sería de recreo, a Tunja, en donde hicieron sus adeptos, entusiasta recibimiento, llegando hasta obsequiarle con un espléndido baile la noche del 4 de diciembre de 1838.

A esta fiesta concurrieron la mayor parte de las familias notables de la población. Elogiáronle en ella, por el valor, constancia y firmeza con que exponía sus ideas, y le dedicaron calurosos y simpáticos brindis. Fueron los principales los de los señores Nicolás Correa, Domingo Soler, Francisco de P. Buitrago, Joaquín Garcés, Gregorio Páez, Rafael Angulo, Antonio Prieto, etc. El doctor Pedro Cortés, que era Rector del Colegio de Boyacá, dijo en aquella ocasión: "Que la egida de Minerva sepulte las agonías de las prevenciones: que de tal tumba pululen gérmenes de libertad y de saber; y que la Provincia de Tunja, siempre libre y republicana, recoja los frutos opimos de tan sagrados retoños".

El doctor Lleras contestó a aquellas manifestaciones con un largo discurso, en verso, en el que decía que la fama le había hecho creer que Tunja, por ser ciudad antigua, estaba atrasada, exhibiéndose materialmente derruída; con pesados balcones y grandes escudos de armas grabados sobre enormes piedras, labor ya un tanto borrada por el tiempo; y que en medio de aquel juicio equivocado no era lo que menos le mortificaban esos rasgos de antigua y pretendida nobleza que creía subsistían allí. En su fantástica descripción de cómo soñaba él encontrar a Tunja, añadía:

*Ora creyera ver alguna vieja
Un solitario caserón cuidando:
Ora asomar por la desierta calle
Algún enorme blanquecino gato;
Ora ver melancólico al enfermo,
Sus corporales penas engañando,
Leyendo en El Carnero maravillas
De brujas, duendes y hórridos espantos;
Y ora, en fin, aparecer doquiera
De muerte signos, de Saturno estragos.*

y terminaba encomiando la ciudad y sus moradores.

Muy pagado de la forma clásica andaba el doctor Lleras en sus encariñamientos poéticos. Y esa poesía descriptiva, de tono reposado y lánguido, enfática al hablar de libertad, era la que predominaba en los noveles poetas de entonces, a quienes las tragedias impulsaban hasta el melancólico frontis del templo de Apolo.

Los poetas caraqueños vinieron a infundir nuevos bríos y a despertar más altiva expresión en los bardos de la antigua Santafé, siendo significativo el hecho de que a los hijos del Avila debamos también los primeros gérmenes fructuosos de la libertad.

Mucha correlación de sentimientos, y cierta similitud en su estreno poético nos ofrecen Lleras y Ortiz (D. José Joaquín). Del segundo encontramos un canto a La Libertad, escrito el 10 de julio de 1848, en el que ya se nota el esfuerzo por romper ese amanerado e inútil diapasón de las tragedias:

*... ¡Oh! dame pronto un corredor brioso,
Que deje atrás al céfiro en su vuelo;
Porque perderme en el confín dudoso,
Veloz, cual los relámpagos, anhelo.*

*Valles profundos, solitarios montes,
Selvas, lagos callados y torrentes,
Sabanas que os tendéis sin horizontes,
Fecundadas de soles esplendentes!*

*Abridme vuestro campo! Un pecho lleno
De dolor, vuestras auras necesita:
Si la tremenda pena que me agita
Sólo puede calmarse en vuestro seno...*

El 20 de julio se llama una canción patriótica compuesta por el doctor Lleras para celebrar esa efemérides en el año de 1835.

*Hubo un tiempo de aciaga memoria
Que tres siglos enteros duró;
Tiempo mudo, que nada a la historia
Sino torpe ignorancia legó;*

*Tiempo envuelto en niebla más densa,
Que la niebla que a Iberia envolvió,
Cuando albergue en su seno a una inmensa
Muchedumbre de bárbaros dio...*

y el coro era el siguiente:

*Viva el veinte de julio, patriotas,
Viva, viva, cien veces decid:
Las cadenas en él fueron rotas
Que a Granada impusiera Madrid.*

Luego compuso el doctor Lleras otra, sugerida por la misma musa patriótica: La Batalla de Boyacá:

*Loor y gloria a los bravos que un día
Con asombro admiró Boyacá!
Loor y gloria a la noble porfía
De los héroes de la libertad.*

y la última estrofa decía:

*Boyacá! Boyacá! Tu memoria,
Para el leal corazón granadino
Será siempre la lluvia que vino,
A aplacar los ardores del sol.*

*Tú en el libro estarás de la Historia
Como están Maratón y Platea,
Y el recuerdo de aquesta pelea
Un tormento será al español.*

— XXIX —

El cuadro dramático *La Pola*, ideado por la pluma de D. Jenaro Santiago Tanco, paisano de la sublime y denodada heroína, es sencillo pero de fiel intención dramática. Figuran *Pola*, *Rosita*, su amiga, prendada de *Galeano*, *Alejo Sabaraín* a quien se hace aparecer como prometido esposo de la heroína, *D. Juan Sámano*, *Iglesias*, sargento realista, *El Alcaide*, *Juana*, criada, un *Oficial* español y un *Padre* confesor. La escena comienza en la casa de *Pola*, en donde es visitada por *Rosita*, por *Galeano* y su amante *Sabaraín*, quien se despide de *Pola*, preparándose a ir a los Llanos a llevar los papeles e instrucciones que ésta le ha confiado. *Iglesias* acecha a *Pola*, a quien ama e importuna. Luego, en el cuadro 2, aparece *Sámano* en su palacio persiguiendo los planes de los patriotas, y llegan a darle cuenta de que han cogido presos a los conspiradores que huían para el Oriente. Sabedor de que es una mujer, *Pola*, la que preparaba aquella expedición, da orden de prenderla. *Iglesias* trata de inducir a *Pola* a que se una con él y le salva la vida. La heroína no tiene en su pecho más sentimiento irresistible que el de morir por la Patria. Confía en que su sacrificio no es estéril. Morir por la Patria, es para ella dulce morir. Es conducida a la presencia de *Sámano*; este trata de halagarla con ofrecimientos de dinero y de libertad si denuncia a sus cómplices. Todo en vano: la noble hija del pueblo ha aprendido en el calor de sus generosos y grandes sentimientos las más altas leyes del honor. La conducen a estrecha prisión. Allí se ve de nuevo con su amante, con *Rosita* y *Galeano*.

Es sacada por último, al suplicio y expira en él con valor de mártir.

Como muestra de la creación literaria del autor, copiamos la siguiente imprecación de *Pola*:

*Qué es la vida entre cadenas?
Qué es vivir en la opresión,
Si allí muere el corazón
Agobiado por las penas?
Para qué quiero la vida?*

*Si he ver continuamente
 Al español insolente
 Y a la patria envilecida?
 Si he de mirar cada día
 Los patriotas fusilados,
 O es que es peor, dominados,
 Por la inicua tiranía?
 Vivir así no es vivir
 Es sufrir amarga suerte,
 Es tener eterna muerte
 Y la esclavitud sufrir!
 Oh! yo quisiera morir
 Por la Patria! Ese es mi anhelo
 Volar del cadalso al cielo
 Es para siempre vivir! (1)*

— XXX —

Antes dijimos que al doctor Lorenzo María Lleras cupo en suerte la meritoria y honrosa tarea de ilustrar y educar una gran parte de la juventud de 1848; a él debe recordarse como un profesor muy culto, discreto y bien intencionado, quien desde luego concedió grande importancia a su empeñosa tarea, constituyéndose en apóstol y mentor de los jóvenes, a quienes profesaba especial cariño; los triunfos de los más aprovechados le enorgullecían, y estimulaba mejor que nadie las disposiciones felices de algunos. En un período que pudiera fijarse de 1847 a 54, poco más o menos, hubo una corriente de simpatía más acentuada que de ordinario en favor de los colegios y casas de educación, y los directores de éstas gozaban de ciertas preeminencias y de consideraciones sociales muy valaderas. El doctor Lleras, con intuición moral muy encomiable, de los deberes que le aparejaba el cargo, dióse a convertir su colegio en centro de progreso intelectual y de social cultura, para lo cual hubo de difundir entre sus discípulos el amor a la bella literatura, estimulándolos a que hiciesen composiciones. En su colegio construyó un teatro, en un vasto y espacioso salón, adornado con los emblemas y requisitos del arte, local en el cual daba con frecuencia funciones dramáticas dirigidas por él, y en las que hacía que tomaran parte muchos de sus más aventajados alumnos. Tales representaciones fueron muy concurridas; llamaron en grado notorio la atención del público, y la prensa se ocupaba en dar cuenta de las piezas y de los actores.

En aquel intelectual palenque comenzaron ya a lucir sus facultades Santiago y Felipe Pérez, que años después habían de figurar en primera línea, entre los escritores de mayor nombradía. Allí también apareció, en el número de esoso tiernos actores, Enrique Cortés, quien en nuestra época ha figurado como Director de Instrucción Pública y autor de notables trabajos.

(1) Aun cuando esta producción es posterior a la época de que tratamos, 1834 a 1848, fue impresa en 1869, nos ha parecido que, por su estilo, asunto y tendencias, corresponde muy bien con lo que pudiéramos llamar segunda época de la historia de las letras en Colombia (está borrado totalmente y no se entiende).

No sin fundamento presumimos que la serie de representaciones que dio o hizo dar a sus alumnos el doctor Lleras, en su renombrado Colegio del Espíritu Santo, y a las que asistían la mayor parte de las familias notables de la capital, hubieron de prestar un servicio más a la sociedad bogotana, cual fue el de despertar entusiasmo por el teatro, y rehabilitar así el antiguo Coliseo, un tanto decaído por las mediocres compañías y piezas de mal gusto que a veces se daban en él.

Es indudable que el doctor Lleras fue el iniciador más eficaz en asuntos de teatro, a su iniciativa persistente y oportuna, a sus conocimientos como escritor literario muy versado, se deben los primeros ensayos de algunos ingenios criollos que, con sus primicias en el arte teatral, acrecentaron el corto caudal de obras y autores dramáticos nacionales.

Grato es para el que escudriña en los empolvados anaqueles de nuestros archivos, encontrar huellas imborrables de generosos esfuerzos en el adelanto social. Engrandecer el ánimo por medio de enseñanzas útiles, despertar los sentimientos morales del hombre, son hechos elocuentes que no pueden olvidarse.

Infunde alegría al espíritu el suponer al doctor Lleras rodeado de animosos jóvenes, rindiendo éstos y aquél culto fiel a Melpómene. Entre esos improvisados actores, que desde los bancos mismos del colegio empezaban, por medio de la escena, a imponerse en las agitaciones y luchas de la existencia, figuraron Isidro Plata, José Quijano, Wenceslao Barrientos, Claudio Abella, Fructuoso Durán, Eugenio Orjuela, Alcides Isaacs, Antonio Ortega, Guillermo Martín.

La Crónica mensual del Colegio del Espíritu Santo fue el periódico que fundó el doctor Lleras con el propósito de dar mayor auge a su instituto. En las columnas de ese periódico daba noticia de los alumnos que se distinguían por su aplicación y conducta, publicaba los discursos que en distintos idiomas recitaban en las fiestas o exámenes de fin de año, y con ocasión de la celebración del 20 de julio. También se insertaban en sus columnas las piezas dramáticas representadas por los alumnos.

El doctor Lleras fue luego Director del Teatro de Bogotá, durante dos años (1856 y 57), y cierto que esa ocupación debía corresponder perfectamente con sus gustos, pues desde que comenzó a escribir la escena le atrajo con sus misteriosos encantos y con sus inmarcesibles triunfos. Ya desde 1838 había hecho imprimir, por Juan Triana, las piezas tituladas *Nacimiento, fortuna y mérito, o la prueba electoral*, de M. Casimiro Bonyour, y *Domingo, o el Endemoniado*, de los señores D'Epagny y Dupin, que hizo subir a la escena en el teatro de Bogotá.

En Nueva York publicó, en 1831, sus *Ocios juveniles*, precedidos de la tragedia en cinco actos, *Altorfo*, traducida del inglés, de Madama Wright. Las poesías originales de Lleras son cantos inspirados a su musa por un sentimiento patriótico. A este número pertenecen: *La Libertad de la Nueva Granada, La Batalla del Santuario, El día 8 de Mayo, etc.*, estas dos incluídas en la antedicha colección; la *Elegía* que compuso en Nueva York con motivo de "la triste jornada del 28 de agosto de 1830 en Puente Grande; destrucción del gobierno legítimo y restauración del poder detestable de Bolívar".

Los versos de Lleras que se apartan del amor a la patria son muestra de íntimos afectos, expresados en la forma más pulcra y castiza que podía encontrar aquel vate enamorado de los clásicos.

Del inglés tradujo y publicó dos comedias tituladas *El Jorobado* y *Cada cual tiene su flaco*, representadas por alumnos del Colegio del Espíritu Santo y publicadas en cuaderno y en La Crónica Semanal del Colegio.

En 1837 insertó la Enciclopedia Británica un largo estudio titulado Colombia, que tradujo al castellano el doctor Lleras, y que se publicó en libro pequeño, precedido de una carta del General Santander, en que rogaba al traductor hiciese saber al público que era inexacto lo que afirmaba *El Imperio de los Príncipes* cuando decía que ese escrito sobre Colombia, que contenía algunas apreciaciones erróneas, era inspirado por el mismo General Santander.

En abril de 1848 alguno hizo presente al doctor Lleras que era válida en el público la voz de que Lleras era redactor de la Zurribanda, papel gracioso de cargos ofensivos e hirientes; desmintió tal especie calumniosa en *El Día*, y en su escrito agregaba: "Soy franco, y cuando debo decir la verdad, la sé decir cara a cara y bajo mi firma". En el mismo periódico sostuvo, en unión del señor José María Triana y también en el año antes citado, ilustrada polémica contra el señor Jasé Manuel Groot, sobre asuntos de enseñanza relacionados con el antiguo Colegio de la Merced.

No siempre fue soñadora la musa del doctor Lleras, que algunas ocasiones acertó a emplear sus estrofas en la censura de las costumbres sociales. Recuérdese con particular aprecio la *Epístola a Ernesto*, en que, pretendiendo rehusar el escribir contra una colmena de poetastros que infestaban el ambiente con sus melifluos acentos, les dio una felpa provechosa.

... "Que mida cada uno como quiera,
Con esparto, o con hilo sus renglones,
Cual los media Taita Pan Cabrera: (1)
Que llenen los estantes y cajones
De la nunca leída biblioteca
Nuevas Tapas de Cóngolo a millones: (2)
Que escriba sin cesar todo babieca,
Y llame versos su menguada prosa,
Y cual gallina espónjese hueca;
Y de la mano Lora y Espinosa (3)
Al templo le conduzcan de la fama
Inmortal, magnífica y gloriosa.
Y los tipos den pábulo a la llama
De la celeste inspiración del vate;
Y por leerle muérase la dama,
Deje el fraile enfríar el chocolate,

(1) Canónigo de la Catedral de Bogotá.

(2) La tapa del Cóngolo, otra disparatada del mismo.

(3) Impresores de Bogotá.

*Y mercader, soldado y artesano,
También hagan por él su disparate.
Qué me importa esto a mí? Contento, sano,
Vivo lejos del mundo y su falsía
Mejor que de la Rusia el soberano.*

El día 25 de marzo de 1849, fue para Bogotá día de regocijo y alboroto, porque llegó el General José H. López, quien, aclamado Presidente de la República, venía desde Neiva, lugar de su residencia, a ejercer el honroso cargo.

Desde Funza se encontró rodeado de cerca de dos mil personas que le acompañaron a caballo.

En la Pila Chiquita, o sea al extremo del camellón de San Victorino, el doctor Lleras, que tenía en aquel punto su colegio, se acercó al Presidente y le pronunció un vehemente discurso. Copiamos las siguientes expresiones de dicha arenga congruentes con las opiniones que antes hemos emitido sobre el renombrado educacionista:

“¡Ilustre ciudadano! Aquí tenéis el plantel de educación que cultivo hace ya algunos años, con el esmero de un padre y los cuidados de un patriota; y entre estos niños que os presento se hallan muchos de los renuevos de los próceres de la independencia y de los mártires de la libertad. Convencido de que la virtud es el elemento vital de las Repúblicas, yo he procurado, señor, inculcar en sus tiernas almas los sanos principios religiosos libres del fanatismo y de superstición; porque los principios religiosos son la base de la moral que sostiene la civilización moderna. Es la virtud, señor, es la virtud la que debe germinar en estas almas inocentes para provecho y gloria de la democracia, el objeto primordial de mis desvelos; porque es con ella solamente como podrán defender la independencia de la patria, y servir dignamente a la causa santa de la libertad!”.

Al doctor Lleras, como Alcalde Parroquial de Bogotá en el año de 1834, le tocó intervenir, desgraciadamente, en sacar de la ciudad a la señora Manuela Sáenz, a quien desde el lunes 11 de enero del dicho año dio la orden verbalmente, acompañado de un agente de policía y de una escolta de diez hombres, mandada por el teniente Dionisio Obando con ocho presidiarios que llevaban una silla de manos.

...Rehusó la señora Sáenz obedecer la orden del señor Lleras y hasta le amenazó con que le daría un pistoletazo si insistía; llegó a decir que mataría al primero que se acercase...

No hubo forma de obligarla. Reiterada la orden por autoridad superior, tornó a resistirla, amenazando a los soldados con un puñal, el que afortunadamente pudieron arrebatárselo, sacándola luego a la fuerza en una silla de manos.

Tal severa medida se tomó porque en ese tiempo se decía que la casa de esa señora era el punto de reunión de los desafectos al Gobierno, y que allí en donde se recordaba con entusiasmo el *buen tiempo* de la dominación del difunto tirano (Bolívar). *El Cachaco de Bogotá*, periódico